

A MI MUSA.

Disimulables son los descuidillos que tiene, pues se compuso en una cárcel; pero no debió el poeta incluirla en su coleccion. *Redimir una prision, saciar la hidalga sed del bien sumo, abismar la razon en un tesoro, reir la verdad en su nudez hermosa, abrazar humanidad al desvalido, los nombres vanos del mundo vueltos en el de hermanos, morar plagas, condoler lástimas, regir sus pasos á una norma feliz, almas que son salud de un nombre, una calumnia que ataca con un diente*; expresiones oscuras, construcciones anfibológicas, y otras galanuras de este jaez, prueban cuánto se habia estragado el gusto de Melendez en sus últimos años: *quantùm mutatus ab illo!*

A LA MUERTE DE CADALSO.

Cancion petrarquesca, con el defecto imperdonable de ser demasiado larga. No está concluida, y tiene sin embargo 169 versos. ¿Cuántos hubiera tenido, si el poeta no hubiese enfermado? Repito que las odas, de cualquier género que sean, y señaladamente las elegiacas, deben ser cortas, porque las repentinas inspiraciones del genio sobre cualquier asunto, y mas todavía las vivas conmoviones del ánimo, son de corta duracion. Examine las pocas odas que nos quedan de los liricos griegos, todas las de Horacio, y las de su fiel discipulo Fr. Luis de Leon, y se verá que la mas larga de todas ellas es mas breve que la mas corta de Melendez, exceptuando algunas pocas en que acer-

tó á ser conciso. Cotejese la presente con la que Horacio escribió en igual situacion á la muerte de Quintilio, *Quis desiderio sit pudor?* y se conocerá la diferencia que va del poeta verdaderamente inspirado al que aparenta estarlo, sustituyendo al sencillo, conciso, fogoso y animado lenguaje del dolor, estudiadas y pomposas declamaciones. Dejaré que mis lectores hagan ellos mismos el cotejo; mas para ponerlos en el camino, les indicaré la inmensa distancia que hay de la sencillez y concision del exordio en la oda latina, á la interminable taravilla con que el poeta castellano se introduce en el asunto. Horacio se contentó con esta bien sentida interrogacion:

*Quis desiderio sit pudor aut modus
Tam chari capitis?*

y anuncia el objeto de su canto con esta otra tan tierna como breve:

*Ergo Quinctilium perpetuus sopor
Urget!*

Pero nuestro filósofo anglo-francés nos espeta veinte y seis versos amplificando un solo pensamiento, el de que, muerto su amigo, únicamente le era grata la soledad. Y cómo le amplifica? Repitiendo en la segunda estancia, las ideas, y hasta algunas voces de la primera. En esta habla con *el silencio augusto, los bosques pavorosos, los profundos valles, la soledad sombría, las altas desnudas rocas y los marchitos troncos*; y en la segunda habla tambien de *un laberinto umbrío, una melancolía acompañada del silencio, y un valle lóbrego* y

medroso rodeado de riscos. (sinónimo de *peñas*) y *altos árboles* (antes fueron *troncos*).

No me detendré á indicar dos defectos que se notan en la parte de la elocucion. Los lectores los advertirán fácilmente, y dirán su parecer en cuanto á los epítetos de *fiero* y *espantable*, dados al pobre Cadalso cuando está tendido sobre la *abrasada arena*, aquella *imagen desastrada* y aquellas *rocas rizadas que suben al cielo su sañosa frente*, etc. ¡Rocas rizadas que suben al cielo una frente sañosa! Despropósito igual no se halla en el mismo Góngora.

AFFECTOS Y DESEOS DE UN ESPAÑOL.

Horaciana por el metro, pero no por la extensión: es un poquito larga. Las diez últimas estrofas son bastante buenas; las anteriores algo flojas, y algunas tan oscuras y tan embarazosamente construidas, que hasta el sentido falta. Tal es la tercera: léase y se verá. Hay además en la 22ª un *calmar trances*, que no puede pasar, y algunos otros descuidillos que debieron corregirse.

A MI PATRIA.

Horaciana también, y mejor que la precedente. Hay en ella bastante fuego, hay afectos, y el tono es verdaderamente lírico sin faltas notables en la parte del estilo.

A MI MUSA.

Horaciana, y de proporcionada extensión; pe-

ro de poquísima sustancia, sin que se vea con claridad cuál es la idea principal que el poeta quiere inculcar á sus lectores. La que primero se presenta, es la de que no debemos empeñarnos en *sondar el abismo del Ser que sustenta en su mano el universo*; y apenas se ha empezado á probarla, se pasa á tratar del *orden de que el universo está lleno*. Se dice algo de este orden, se encarga al hombre que *nunca este orden* (ó el ordenador, porque esto no está muy claro) *gima alterado por él*, y se pasa á tratar del *bien universal*; cosa muy distinta del orden. Se nos recomienda que tengamos mucha devoción con el ángel de la guarda, se nos promete la bienaventuranza, si *amamos* el orden, se nos recomienda el amor á Dios, la caridad con el prójimo y el perdón de los *enemigos*, y se concluye ofreciéndonos de nuevo la visión beatífica. Nada diré de una *ala despeñada* que hay en la estrofa cuarta, y de alguna otra lindeza de las que nuestro poeta se permitía cuando la echaba de filósofo.

LA MEDITACION.

Es un romance, bastante bueno en la parte descriptiva, y en lo demás algo difuso; pero está bien escrito y soberbiamente versificado. Nótese sin embargo en la cuarteta 14ª aquello de *trepar por el éter con alas de fuego*; en lo cual hay dos impropiedades: 1ª con las alas se *vuela*, y no se *trepa*; 2ª se puede trepar por el tronco de un árbol ó por un peñascal; pero no *por el éter*. *Trepar* significa subir por algun paraje escabroso, ayudándose con las manos y los piés; y el éter es un fluido aeriforme, invisible é impalpable, al cual

es imposible agarrarse, ni con los piés ni con las manos.

LOS CONSUELOS DE LA VIRTUD.

Poca novedad en las ideas, verbosidad inútil, fastidiosa repeticion de ciertas palabras favoritas, como el *ledo*, el *cabe*, un *coro rozagante*, y algunas otras lindezas, que no me detengo á indicar, por no hacerme empalagoso.

LA CREACION.

Una coleccion de 530 versos, que ni por su extension, ni su forma, ni su argumento, puede llamarse *oda* verdaderamente tal. El autor de la vida de Melendez la intitula *poema lírico descriptivo*; pero no advirtió que ni las estancias, ni el tono lírico pueden convenir á los poemas descriptivos. Qué será pues? Una larga *tirada* (hablando á la francesa) de versos cortos y largos, en que Melendez quiso lucir lo poco poquísimo que sabia en Astronomía y en Historia natural. Así no espere-mos hallar en ella ni plan, ni unidad de objeto, sino una como galería de cuadritos, no bien dibujados todos. Veámoslo en las tres primeras estancias.

La mente del poeta *se encumbra* en las *etéreas alas de la inspiracion divina*, y *hollandando las nubes, domina ya altísima el sol con la inspiracion (contigo, dice, y está hablando con ella)*, y se deja atrás á *Urano y á cuánto sol claro arde por la inmensa esfera*, y sigue encumbrándose *hasta tocar los últimos confines del reino de la luz, donde el*

Señor, velado en magestad gloriosa, yace sentado en trono de inflamados serafines, y allí el poeta *osa asistir al solemne momento, cuando el Señor intimó á la nada, acaba. ¿Y qué sucedió en este solemne momento? Ahora lo veremos.*

El Señor *quiso ostentar la infinita virtud de su mano y el inefable saber de su mente honda, y su bondad clemente contempla en su perdurable quietud el tipo soberano del universo, y su eleccion anhela muchos planes, y al fin prefiere este feliz trasunto de su amor insondable, en el cual trasunto quiere derramar, en larga vena, el susodicho amor.*

No quiero molestar mas á mis lectores. Toda la composicion está escrita por este tono y en este estilo, que el poeta tendria por sublime, y cualquiera tendrá, como lo es, por oscuro, hinchado, altisonante y afectado. Léala toda el que tenga paciencia, y allí verá sin pasar de la estancia quinta, cómo al decir el Señor, *La luz sea, saltó una llama dorada de entre aquel yermo oscuro* (el caos), la cual llama inundó en *rauda trasparente vena el reino impuro de la noche*; y cómo los primeros gérmenes empezaron á unirse, girando *ciegos en vértices ligeros que tropezaban en su incesante vuelo*. Verá mas adelante un *collado que cabe el leon siente y se agita, y súbito se ha vuelto un elefante*, y unos *hijuelos nadantes que revuelven por los menores rios con fugaz presura*, y un *cisne pompudo*, y un *toro que por juego hiere el aire con su frente ruda*, y una *variedad extremada*, y otras preciosidades de este jaez; y juntamente con ellas encontrará sonoros versos, expresiones felices, oportunos epitetos y lenguaje poético, y sentirá

que con tan buenos materiales no se haya hecho una composicion perfecta, por haberse empeñado el poeta en ser filósofo á la manera de los ingleses, franceses, alemanes y suizos, y no á la manera de Virgilio, Horacio, Leon y Rioja.

CANTO ÉPICO.

LA CAIDA DE LUZBEL.

El mismo biógrafo de Melendez confiesa que esta y otras varias composiciones de las añadidas en la edicion de 1797 á las anteriormente publicadas, no tuvieron la misma aceptacion que las primeras, porque en general no eran tan buenas como aquellas. Y por qué no lo fueron? preguntó yo. Porque en las primeras Melendez se habia contentado con imitar á nuestros buenos poetas, y en las segundas quiso ya campar por su respeto, echarla de maestro, hacerse corifeo de secta, y fundar la escuela anglo-galo-filosófico-sentimental, que por desgracia ha tenido demasiados discipulos, y hubiera entronizado para siempre el nuevo gongorismo, si el inmortal Moratin no hubiese contenido el torrente con su *Epístola á Andres*, y sobre todo con su ejemplo, haciendo las mejores composiciones poéticas que en sus respectivos géneros tiene el Parnaso español, y haciéndolas sin necesitar del *entonce*, y el *mientras*, y el *cabe*, sin desfigurar la lengua, sin alterar su

sintaxis, sin variar la acepcion usual de las palabras, y sin locuciones agabachadas.

A esta observacion general sobre las poesias que Melendez añadió en la edicion de Valladolid, y en la que se disponia á publicar cuando murió, se juntan, respecto al *Canto épico*, otras dos razones mas poderosas, para que no agradase tanto como sus *anacreónticas*, *letrillas* y *romances*. La primera es que el poeta, si en su juventud habia pulsado con acierto la lira, no habia adquirido en la edad madura todo el vigor de ánimo y toda la elevacion de pensamientos que se necesitan para embocar la trompa marcial. Fácil, blando, tierno y casi aniado por carácter, era difícil que ni aun artificialmente pudiese tomar el tono grave, magestuoso, elevado y varonil del duro, austero é indomable republicano Milton, á quien se propuso imitar. La segunda es la naturaleza misma de la accion que escogió para argumento de su poema. Esto pide aclaracion.

Es constante, y todos lo sabemos por experiencia propia, que siendo Dios y los ángeles espíritus puros, es imposible hablar de estas sustancias incorpóreas, sino empleando en sentido metafórico voces, que en su acepcion primitiva significan objetos materiales y movimientos físicos. Así lo hace á cada paso la sagrada Escritura diciendo *el dedo*, *la mano*, *la casa* de Dios, que *está sentado en las nubes*, que los ángeles *bajan* del cielo á la tierra etc., etc. Y no hay duda en que cuando estas expresiones se emplean como de paso, y no forman prolongadas alegorias, son sobre manera enérgicas y hacen en el ánimo del oyente ó el lector la impresion que desean el orador y el poeta que

las emplean. Mas cuando todos los actores de un poema épico son entidades incorpóreas, y sin cesar se nos presentan como personas semejantes á los hombres, y se nos habla de sus combates, de sus armas, de sus movimientos y acciones, como si en realidad fuesen campeones de carne y hueso; la impresion total es débil, la ilusion se desvanece, y el fuego de nuestra imaginacion se apaga, porque á cada paso se nos ofrece involuntariamente el recuerdo de que todos los personajes son espíritus que no tienen escudos ni corazas, ni pueden manejar picas ó esgrimir espadas, ni hacer nada de lo que nosotros hacemos. Así, digase cuanto se quiera en defensa de Milton, y concediéndole toda la sublimidad que sus admiradores le atribuyen, lo cierto es que su poema nunca se leerá con el interes y entusiasmo que la *Iliada* y la *Eneida*, excepto en aquellos pasajes en que intervienen Adán y Eva, que son criaturas corpóreas. Digo lo mismo de la *Mesiada* de Klostope.

Así Melendez conoció sin duda lo absurdo y ridiculo que sería hacer combatir sus ángeles como á los héroes de la *Iliada*, y no solo evitó el anacronismo de Milton en darles artillería, sino que ni aun les dió espadas y lanzas. Pero les hizo combatir de una manera incomprensible, y pintó una batalla, de que sus lectores ni aun pueden formarse idea. Supuso que los dos ejércitos se tiraban ardientes y poderosos rayos; pero queriendo evitar un absurdo, cayó en otro de la misma naturaleza, porque los espíritus puros tan invulnerables son por la materia eléctrica, como por el acero y por las balas de cañon. Y en realidad fué mas extravagante que su maestro. Hablándonos

este de armas que conocemos, todavía es posible formarse alguna idea del combate de los ángeles, tomando en sentido figurado las expresiones del poeta; pero cuando Melendez dice muy graciosamente, que

Gabriel, el gran Gabriel, *vibra un tremendo*
Huracan que derriba los atroces
Parciales de Asmodeo, y pasa osado,
Hollandando invicto el escuadron postrado;

¿cómo nuestra limitada comprension podrá entender lo de que un arcángel, es decir, un espíritu puro, vibra (arroja con su mano) un huracan, y que este huracan derriba los parciales de Asmodeo (otros espíritus), y pasa luego hollandando el escuadron que ha postrado? Cuando leemos en Homero que Diomedes hiere con su lanza á Vénus, y que Minerva da una gran pedrada á Marte y le derriba en el suelo, tragamos fácilmente el absurdo de que los dioses sean heridos, porque sabemos que en la teología del poeta estos dioses tenían figura corporal como nosotros. Pero cuando, alumbrados por la revelacion, sabemos que los ángeles son incorpóreos, ¿cómo hemos de figurarnos que con las manos (que no tienen) vibran un huracan, es decir, un torbellino de viento, y que este torbellino derriba escuadrones de espíritus? No nos engañemos: los misterios de la Religion son incomprensibles, y debemos creer ciegamente lo que sobre ellos nos enseña la fé; pero no pudiendo entender ni explicar el modo con que se verificaron, es imposible formar con ellos poemas épicos iguales á los profanos, en que se celebran hechos históricos, acciones materiales de hombres como noso-

trós. Los misterios podrán suministrar argumento para componer un himno, una oda; pero la epopeya pide objetos que se palpen y se vean. Asi la de Melendez, á pesar de sus buenos versos, se nos cae de las manos. No me detendré á notar los descuidillos que tiene en la parte de la elocucion, porque son raros y de poca importancia.

ELEGIAS MORALES.

EL DELEITE Y LA VIRTUD.

Mediana: no tiene defectos, ni tampoco grandes bellezas. El argumento está bien escogido; pero el poeta no sacó de él todo el partido que podia.

EL MELANCÓLICO.

Digo lo mismo que de la anterior: buenos versos, pero poquísima sustancia. La lee uno, la relee, y al fin se queda tan frio y tan á oscuras como estaba ántes de empezar á leerla. Este melancólico ¿por qué lo está? ¿qué le ha sucedido? cuál es la causa de su tristeza? Ni él la indica, ni es fácil adivinarla. ¿Qué fruto sacaremos pues de su llorona composicion? El de leer unos cuantos renglones que nada nos enseñan. Todo escritor debe tener siempre á la vista lo de *Nisi utile est quod facimus, stulla est gloria.*

DE MI VIDA.

La misma oscuridad que en la anterior. Vemos un hombre que se queja, y no sabemos de qué. Nos dice que todo le cansa y fastidia, que no halla placer en nada, que no está contento con su suerte; pero se acaba la elegía, sin que se nos diga de qué proceden este disgusto, este fastidio, este mal estar. Y debiera decirsenos, porque así lo hacen los buenos poetas elegiacos, y porque así lo exige la razon. ¿Cómo un afligido nos ha de interesar en su favor, cuando no sabemos si tiene justo motivo para estarlo? ¿Ni cómo hemos de tomar parte en sus penas, si no vemos cuáles son? Además en esta elegía están repetidas varias ideas de la anterior. En aquella ha dicho:

El sol, *velando* en centellantes fuegos

Su inaccesible majestad, preside

Cual Rey al universo, esclarecido

De un mar de luz que de su trono corre.

Yo empero, huyendo de él, sin cesar llamo

La negra noche, y á sus brillos cierro

Mis lagrimosos fatigados ojos.

La noche melancólica al fin llega

Tanto anhelada; á lloro mas ardiente,

A mas gemidos su quietud me irrita.

Y en esta vuelve á decir:

Se alza espléndido el sol, y el mundo alienta

De vida y accion lleno: á mí enojosa

Brilla su luz, y mi dolor fomenta.

Corre el velo la noche pavorosa

Bañando en alto sueño á los mortales ,
Y en plácida quietud todo reposa.

Yo solo en vela , en ansias infernales
Gimo , y el llanto mis mejillas ara,
Y al cielo envió mis eternos males.

Nótese al paso esto de *enviar sus males al cielo*. A este se envían los suspiros , las quejas que nos arranca el sentimiento de los males ; pero no se envían los males mismos. Bueno sería que pudiésemos hacerle este regalo : entónces quedaríamos libres de ellos.

DE LAS MISERIAS HUMANAS.

Algo mas interesa que las anteriores ; pero el cuadro de las miserias humanas está débilmente bosquejado. El asunto exigía pinceladas mas vigorosas y colores mas fuertes. En rigor pudiera decirse que no está bien desempeñado. Promete hablar de *todas* las miserias humanas, y lo que pinta con alguna extension y claridad son los estragos de la guerra. Pero ; cuántos otros males afligen á los miseros humanos !

MIS COMBATES.

No es *elegía* : es un discurso filosófico sobre la ceguedad de los hombres , que seducidos por los atractivos del placer abandonan el camino de la virtud. Así el título no corresponde al verdadero asunto de la composicion. Esta sin embargo es mucho mejor que las cuatro elegias anteriores : está bien escrita.

LA VIRTUD.

Digo lo mismo ; no es *elegía* , es un discurso en elogio del varon justo. Tiene hermosos pasajes ; pero es un poquito larga. Las ideas están muy desleídas , algunas son en el fondo idénticas , aunque variadas en lo accesorio , y la principal está proflijamente amplificada.

DISCURSOS.

LA DESPEDIDA DEL ANCIANO.

Por el metro es un *romance* , por el argumento una *sátira* contra la corrupcion de costumbres. Esto importaría poco , si el autor no hubiese trocado los frenos ; pero desgraciadamente su larga declamacion contiene algunos errores económico-políticos , y esto es muy reparable en un poeta Magistrado. Si él se hubiera limitado á declamar contra el lujo que se sostiene con artefactos extranjeros , hubiera dado á sus conciudadanos una leccion utilísima ; pero declamando contra el comercio en general , y lamentándose de que se multipliquen los *talleres* , de que *los ricos tintes manchen la candida lana* , y de que *se trabaje el capullo con prolijo afan* , mostró bien á las claras su ignorancia en economía política. Además , en algunos pasajes se contradice á si mismo. Declama primero contra los mayorazgos , y luego se lamenta de que

Las fortunas son de un día :
 El que hoy es señor , mendiga
 Mañana : nada hay estable ;

y no ve que esta es la consecuencia necesaria de la no amortizacion. De lo cual resulta que *La despedida del anciano* es, en muy buenos versos de romance, una vana y sofisticada declamacion académica contra la industria y el comercio, los dos ramos cabalmente que mas se deben fomentar en todas las naciones, y señaladamente en España.

EL HOMBRE FUÉ CRIADO PARA LA VIRTUD.

Demasiado largo, y lleno de pensamientos ya empleados en otras composiciones. Tiene ademas algun diminutivo ridiculo en composiciones de esta clase, como el *inocentillo* del verso 122, y alguna expresion prosaica, como la de *apariencias exteriores* del 51.

ÓRDEN DEL UNIVERSO.

El *optimismo* de Leibnitz desleido en 478 versos, las mismas ideas en el fondo que las ya presentadas en la oda *á la creacion*, exclamaciones é interrogaciones sin cuento, algun galicismo, descuidos en la consonancia, y hasta falta de sentido en alguna cláusula. Otra prueba mas de que Melendez se echó á perder desde que, abandonando sus zagalas y corderos, quiso remontarse á las altas regiones de la Filosofia.

RESULTADO
 DE ESTE EXÁMEN.

En Melendez hay excelentes composiciones poéticas en todos los géneros que cultivó, excepto el épico y el dramático ; pero tambien las hay que no pasan de medianas, y algunas miserables. Aun las mejores tienen descuidos, y cierto neologismo, que no permite proponerle á los principiantes por *modelo de perfeccion*, como pretendieron el traductor de Blair y el prologuista de Rioja en la colleccion de Fernandez.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

